

# Para leer a Donald Trump. Una mirada desde los *American studies*

Reading Donald Trump from the American Studies' point of view

**Germán Silveira\***

\* Doctor en Estudios Transculturales de la Universidad Jean Moulin Lyon 3. Es docente de la Facultad de la Cultura del CLAEH y de la Maestría en Comunicación, Énfasis en Recepción y Cultura, de la Universidad Católica del Uruguay. Es investigador nivel iniciación del Sistema Nacional de Investigadores ANII.

✉ gsilveira72@gmail.com.

**RECIBIDO:** [9.9.2016]

**ACEPTADO:** [27.10.2016]

## Resumen

«¿Cuándo fue la última vez que le ganamos a China? ¿Cuándo fue la última vez que le ganamos a Japón? Perdemos con todos. Perdemos con China, con Rusia, con México. No le ganamos a nadie», repetía una y otra vez Donald Trump en sus discursos de campaña por la presidencia de los Estados Unidos. En una campaña electoral atípica, dos visiones del país se enfrentaron de forma antagónica. Donald Trump presentaba un país en emergencia económica por la inoperancia de la elite política y se erigió en el líder capaz de encarnar nuevamente el *American Dream*. Por otro lado, Hillary Clinton, y buena parte del *establishment* político, lo presentaban como un peligro para la democracia por sus propuestas xenófobas, misóginas y su desconocimiento de la función política. En este trabajo proponemos un acercamiento a la figura de Donald Trump a partir de algunas de las nociones centrales del *American Creed*, un sistema de valores e ideales culturales, arraigados en la sociedad norteamericana, con el objetivo de comprender la presencia y, en cierto modo, la sorprendente popularidad que alcanzó el candidato republicano en la campaña electoral de 2016.

**Palabras clave:** Estados Unidos, historia cultural, historia política, elecciones, Donald Trump

## Abstract

“When was the last time we beat China? When was the last time we beat Japan? We don’t win anymore. We lose to China. We lose to Russia. We lose to Mexico. We lose to everybody”, Donald Trump repeated, again and again throughout his U.S. presidential campaign speeches. What seemed like a joke a year ago, today has become a serious matter: the real estate magnate finally got the chance to access the White House. It was an unusual campaign where two visions faced each other antagonistically. Donald Trump showed a country in a state of economic emergency due to the ineffectiveness of the political elite and stood as the leader capable of embodying the American Dream once again. Meanwhile, Hillary Clinton, as well as a great part of the political establishment, presented Trump as a danger to democracy for his xenophobia, misogyny and political inexperience. Based on the central concepts of the American Creed, a system of cultural values and ideals rooted in the American society, this article proposes an approach to Donald Trump with the aim of understanding the surprisingly high popularity the Republican candidate gained during 2016’s presidential campaign.

**Keywords:** USA, cultural history, political history, elections, Donald Trump

---

## Introducción

Si nos fuese posible remontarnos hasta los elementos de las sociedades y examinar los primeros monumentos de su historia, no dudo que podríamos descubrir en ellos la causa primera de los prejuicios, de los hábitos, de las pasiones dominantes, de todo lo que compone en fin lo que se llama el *carácter nacional*.

Alexis de Tocqueville

Cuando en junio de 2015 Donald Trump lanzaba su carrera a la Presidencia de los Estados Unidos, los medios de información recibían entre risas, bromas y eufórica incredulidad a quien se transformaría, poco tiempo después, en su *clown* predilecto. Un año más tarde, la popularidad alcanzada por Trump en el electorado causaba profunda preocupación en Washington y su presencia se transformaba en una molestia tanto para los demócratas como para los propios republicanos. ¿Cómo es posible que haya alcanzado la candidatura a la Presidencia por el Partido Republicano? ¿Cómo se explica la incomodidad del Partido Demócrata frente a un rival que *a priori* se presentaba, al menos, como poco creíble? Estas son algunas preguntas que surgen al tratar de entender la presencia de un candidato de ribetes absurdos.

La falta de carisma de Hillary Clinton para convencer a un electorado todavía indeciso en la última etapa de la campaña, sumada a la desconfianza que la candidata genera en

los seguidores de Bernie Sanders, además del caso en torno al uso de su correo electrónico privado para los asuntos públicos, podría explicar en parte la paridad que todavía existía, a fines de agosto, en los sondeos de intención de voto entre los dos candidatos. Por otro lado, si bien la entrada en escena de Michelle Obama durante la Convención Demócrata, con un poderoso discurso anti-Trump y una *performance* mediática difícilmente igualable en esta campaña 2016, significó un importante espaldarazo para Clinton, es probable que también haya despertado en muchos norteamericanos el deseo de tenerla a ella en la carrera por la Presidencia.<sup>1</sup>

Desde su decisión de *correr*<sup>2</sup> por la Presidencia de los Estados Unidos, Donald Trump ha sido foco de especial atención mediática. No solo por su condición de candidato a ocupar a la Casa Blanca, sino por su carácter polémico y controvertido. En este sentido, Trump irrumpió en la campaña con un discurso de confrontación al *establishment*, asumiendo explícitamente una posición de *outsider* de la política y promoviendo algunos temas de campaña difíciles de comprender para un candidato en carrera por la Presidencia, particularmente por lo riesgoso de ciertas ideas en tiempos electorales *normales*. Pero la de 2016 es una campaña *atípica*, como suelen decir algunos analistas, porque Trump no es un candidato típico. En efecto, si hasta ahora el sistema político norteamericano se jactaba de mantener el *statu quo* con candidatos fuertemente arraigados en la clase política, «previamente elegidos por las convenciones de los partidos, generalmente controladas por “aparatos” o grupos de políticos profesionales» (Lipset, 1996, p. 40), el actual aspirante del Partido Republicano llegó para romper con esa tradición. Clinton lo ha tildado de *peligro* y de *dictador*, porque sus ideas atentan contra los valores fundacionales de la nación. En la misma línea, un editorial del prestigioso *Washington Post* lo considera «una amenaza única para la democracia estadounidense» (The Washington Post, 22.6.2016). Por su parte, al ser consultado por la cadena MSNBC sobre el resultado de las primarias del 7 de junio (*Super Tuesday*), el analista político Ron Reagan, hijo del expresidente, expresó que una posible elección de Donald Trump como presidente de los Estados Unidos sería una verdadera «tragedia».

En junio de 2016 una encuesta del Pew Research Center otorgaba a Clinton una ventaja del 45 % frente a un 36 % de Donald Trump (Pew, 7.7.2016). En agosto las distancias se habían acortado y la candidata demócrata reunía un 41 % de las preferencias frente a

---

1 Este artículo es resultado de una experiencia de seis semanas como becario en el Multinational Institute of American Studies de la New York University, donde participé, junto con docentes e investigadores de 17 países, en el programa Study of U.S. Institute on Culture and Society, auspiciado por el Departamento de Estado. Agradezco a mis colegas becarios y a los miembros del MIAS el intercambio de ideas en torno a la cultura estadounidense a lo largo de las conferencias, charlas y reflexiones que dieron origen a este trabajo.

2 «*To run for President*» es la expresión de uso común en Estados Unidos para los candidatos a la Presidencia. Las traducciones fueron realizadas por el autor del artículo.

un 37 % para el candidato republicano (Pew, 18.8.2016). Si además consideramos que una encuesta divulgada por Bloomberg en abril de 2015 le daba una preferencia del 9 % entre el electorado republicano y que un 62 % nunca consideraría votarlo en las primarias, el crecimiento que tuvo fue sin duda muy significativo (Fox News, 20.5.2015).

Quizás como pocas veces en una campaña electoral por la Presidencia de los Estados Unidos, los valores e ideales que conforman las raíces más profundas de la cultura norteamericana y su *excepcionalidad* hayan ocupado el centro del debate electoral de forma tan dramática y hayan sido objeto de un antagonismo tan explícito entre los dos candidatos. La cuestión de la inmigración, la religión y la raza han ocupado el foco del debate electoral, dejando en un segundo plano, por ejemplo, las propuestas en materia económica —siempre centrales en la agenda electoral estadounidense— y han sido objeto de tensiones desde el primer discurso de Donald Trump como postulante a la carrera presidencial hasta seguramente el último día de campaña.

El objetivo de este artículo es poner de relieve tanto las razones (los aspectos más coherentes) como las contradicciones (los aspectos conflictivos) que explicarían el origen de la irrupción de Donald Trump en la carrera por la Presidencia y su nominación dentro del Partido Republicano, a la luz de algunas de las nociones centrales que componen el *American creed*: un sistema de valores e ideales políticos, culturales y religiosos compartidos y aceptados por la sociedad estadounidense. Por un lado, este trabajo plantea que Donald Trump encarna algunos de esos valores y que, además, es un producto genuino de la cultura popular estadounidense. Por otro lado, el candidato republicano entra en evidente contradicción con los valores centrales del credo (*American creed*), lo que genera un profundo rechazo en buena parte de la ciudadanía y de las elites. Para este artículo se seleccionó un tramo temporal de análisis de poco más de un año, que va desde la decisión del candidato de postularse a la Presidencia de los Estados Unidos, en junio de 2015, hasta los últimos días de agosto de 2016, momento previo a la serie de debates televisivos (que quedaron excluidos de este estudio) con su oponente demócrata. El trabajo se propone entonces analizar y buscar comprender el ascenso y la popularidad de un candidato con características en principio poco comunes para la cultura política norteamericana, en el contexto de la sociedad estadounidense contemporánea y siguiendo algunas nociones que plantean los *American studies*.

### *American studies*

Nacidos en los departamentos de historia y de literatura de las universidades entre los años 1940 y 1960, los estudios estadounidenses (*American studies*) cambiaron la forma de interpretar el pasado, a partir de una perspectiva interdisciplinaria, algo inédito para la época. Daniel Aaron, Perry Miller, F. O. Matthiessen, Alfred Kazin, Henry Nash Smith, Richard Hofstadter, Daniel Boorstin, Louis Hartz, John William Ward, Leo Marx y Christopher Lasch pueden considerarse, según Richard Pells, los pioneros de un movimiento

que «revolucionó nuestros puntos de vista sobre la cultura estadounidense» y divulgó sus trabajos no solo para el ámbito académico, sino también para el público en general (Pells, 2016, p. 4). A través de un abordaje que combinaba historia, literatura, ciencia política, psicología social, arte y música, los *American studies* se propusieron así reinterpretar el pasado cultural estadounidense.

Michael Cowan (2016) señala que la Gran Depresión y el *New Deal* implementado por F. D. Roosevelt pueden considerarse catalizadores importantes para la institucionalización de los *American studies*. A este respecto, «la Depresión creó un sentido generalizado de crisis cultural, política y económica en los Estados Unidos» (Cowan, 2016). Por otra parte, estimuló la reflexión académica sobre «los procesos sociales, valores y modelos de pensamiento que habían conducido a la crisis, así como el estudio de las tradiciones sociales y culturales, y los recursos de la nación que pudieran conducir a una salida de la crisis» (Cowan, 2016). Los estudios sobre las relaciones entre las tradiciones nacionales y los problemas contemporáneos (des)dibujaron así las fronteras disciplinarias y dieron impulso a los *American studies*. Ya durante la prosperidad económica de posguerra, la nueva generación se sintió atraída, aunque no de forma unánime, por los nuevos productos, instituciones y valores norteamericanos: «Los filmes de posguerra, la música, y el nuevo medio, la televisión, acercaron a un importante número de estudiantes que buscaban entender los cambios que estaban teniendo lugar en el mundo» (Cowan, 2016).

Debido a la difícil tarea de delimitar las fronteras, los métodos y las teorías de esta disciplina, Nash Smith definió a los *American studies*, de manera amplia, como «el estudio de la cultura estadounidense, el pasado y el presente, como un todo» (Smith, 1999, p. 1). El autor defiende la idea de que la característica definitoria de los *American studies* estaría dada por «el esfuerzo de ver un objeto de estudio dado desde nuevas perspectivas y tomando en cuenta tantos aspectos como sea posible» (Smith, 1999, p. 1). En la misma línea, Berkhofer (1989) sostiene que una tendencia generalizada en los *American studies*, luego de la Segunda Guerra, fue la de escapar de los límites impuestos por el enfoque del *New Criticism* en los estudios literarios, en favor de una interpretación más amplia basada en el estudio del contexto de los diferentes objetos de investigación. A este respecto, Berkhofer señala que «el interés por los mitos, imágenes y símbolos que caracterizó el período clásico de los estudios estadounidenses dio paso al interés por la clase, la etnicidad, la raza y el género» (Berkhofer, 1989, p. 589) en la actualidad, lo que ha transformado, a su vez, la definición de cultura.

De este modo, los *American studies* se fueron conformando como un programa que se nutría de los aportes y métodos de diversas disciplinas con el objetivo de echar luz sobre los fenómenos contemporáneos a partir de nuevas definiciones acerca de la cultura. Ya en 1957, Nash Smith decía: «Soy bastante optimista como para creer que las investigaciones que ya tienen sus puntos de partida en varios departamentos puedan converger, a medida que se desarrollan, hacia un tema común que concretamente llamemos *cultura estadounidense pasada y presente*» (Smith, 1999, p. 11).

## *American creed*

El sociólogo norteamericano Seymour Martin Lipset (1996) sugiere que fue Tocqueville el primero en referirse a la *excepcionalidad* de los Estados Unidos. El filósofo e historiador francés inauguraba así los escritos sobre esta característica particular de un país «cualitativamente diferente de todos los demás» (Lipset, 1996, p. 18). Por *excepcional*, sostiene Lipset, no se pretende describir a los Estados Unidos en términos de superioridad cultural, «como algunos críticos del concepto han asumido» (1996, p. 18), sino como un país con algunos rasgos culturales que lo hacen simplemente diferente de los otros países en el mundo. La excepcionalidad norteamericana será definida por Lipset como «un concepto de doble filo» ya que, como el mismo autor asume, «somos los peores así como los mejores, dependiendo de la cualidad a la que nos estemos refiriendo» (1996, p. 18).

En el libro *La democracia en América*, inspirado en su estadía en los Estados Unidos durante 1831, Tocqueville describe aquella sociedad como el producto «de dos elementos completamente distintos» (1957, p. 40) que se combinaron, a diferencia de otras partes del mundo, de manera única. A estos dos elementos los llama «el espíritu de religión y el espíritu de libertad» (1957, p. 40). Allí era donde residía, para el autor, «la clave del gran enigma social que los Estados Unidos presentan al mundo de nuestros días» (Tocqueville, 1957, p. 36). Esta singularidad radicaba, en primer lugar, en el sistema de gobierno utilizado por el imperio británico durante el reinado de Carlos I en el litoral de América del Norte. Si las colonias inglesas de la Nueva Inglaterra gozaron, según Tocqueville, de «más libertad interior y de más independencia política que las colonias de los demás pueblos» (1957, p. 35) era, entre otros factores, por el sistema de gobierno que allí se aplicó. Tocqueville sugiere que de los tres sistemas de gobierno utilizados durante aquella época en otros territorios, el que se aplicó en Nueva Inglaterra —por diversas razones— propició una mayor autonomía:

[...] en ciertos casos, el rey sometía una parte del Nuevo Mundo a un gobierno de su elección, encargado de administrar el país en su nombre y bajo sus órdenes inmediatas, que es el sistema colonial adoptado en el resto de Europa. Otras veces, concedía a un hombre o a una compañía la propiedad de ciertas porciones del país. Todos los poderes civiles y políticos se encontraban entonces concentrados en manos de uno o de varios individuos que, bajo la inspección y el control de la corona, vendían las tierras y gobernaban a los habitantes. Un tercer sistema consistía, en fin, en dar a cierto número de emigrantes el derecho a formarse en sociedad política, bajo el patronato de la madre patria, y de gobernarse a sí mismos en todo lo que no era contrario a sus leyes. Este modo de colonización, tan favorable a la libertad, no fue puesto en práctica sino en Nueva Inglaterra. (Tocqueville, 1957, p. 35)

En las colonias inglesas del norte de los Estados Unidos, se daba también una característica particular, que tenía que ver con el origen de los colonos de esas zonas. Hasta aquel rincón del territorio, explica el autor, habían llegado familias que poseían un nivel de instrucción avanzado para la época, tenían una posición económica acomodada y sobre todo, eran puritanas. No habían emprendido ese viaje hacia el Nuevo Mundo llevados por una necesidad económica, sino, en el fondo, por un propósito intelectual: «querían hacer triunfar *una idea*» (Tocqueville, 1957, p. 32). El filósofo francés relata así esas circunstancias:

Los emigrantes o, como ellos se llamaban a sí mismos, los *peregrinos* (*pilgrims*), pertenecían a esa secta de Inglaterra a la cual la austeridad de sus principios había dado el nombre de *puritana*. El puritanismo no era solamente una doctrina religiosa; se confundía en varios puntos con las teorías democráticas y republicanas más absolutas. De eso les habían venido sus más peligrosos adversarios. Perseguidos por el gobierno de la madre patria, heridos en sus principios por la marcha cotidiana de la sociedad en cuyo seno vivían, los puritanos buscaron una tierra tan bárbara y abandonada del mundo que les permitiese vivir en ella a su manera y orar a Dios en libertad. (Tocqueville, 1957, p. 32)

Volviendo a aquellos dos elementos culturales que, según Tocqueville, hacían de este país un caso excepcional en el mundo —el *espíritu de religión* y el *espíritu de libertad*—, es precisamente en el origen puritano de aquellos colonos donde encontramos los fundamentos de esta singularidad. Porque fue precisamente en los estados de la Nueva Inglaterra donde «se llegaron a combinar las dos o tres ideas principales que hoy día forman las bases de la teoría social de los Estados Unidos» (Tocqueville, 1957, p. 31), a diferencia de lo que ocurría más al sur, donde las características de los colonos y las circunstancias de la colonización eran diferentes. Hasta Virginia, relata Tocqueville, habían llegado buscadores de oro, industriales y agricultores de las clases inferiores de Inglaterra. Además, apenas creada esa colonia (en 1607), se introducía la esclavitud, por lo que «ningún noble pensamiento, ninguna combinación inmaterial presidió la fundación de los nuevos establecimientos» (1957, p. 30) en esa parte del territorio norteamericano. Este hecho ejercería, de acuerdo con el autor, «una inmensa influencia sobre el carácter, las leyes y el porvenir del Sur» (1957, p. 31).

Los colonos del norte tuvieron la particularidad, por ser el puritanismo «casi tanto una teoría política como una doctrina religiosa» (Tocqueville, 1957, p. 34), de constituirse ya desde 1620 en un cuerpo político, haciendo acto de soberanía al establecer reglamentos y leyes propios, inspirados en los textos sagrados. Recuerda Tocqueville que «las costumbres eran más austeras y puritanas que las leyes», tanto que en Boston se llegó a constituir una asociación que tenía por objeto prevenir «el lujo mundano de los cabellos largos» (1957, p. 37). Pero, más allá de la legislación penal impregnada de las pasiones

religiosas, el filósofo francés asegura que allí surgió un cuerpo de leyes políticas modelo, adelantadas para la época:

Los principios generales sobre los que descansan las constituciones modernas, principios que la mayor parte de los europeos del siglo XVII comprenden apenas y que triunfaban entonces imperfectamente en la Gran Bretaña, son todos reconocidos y fijados en las leyes de la Nueva Inglaterra: la intervención del pueblo en los negocios públicos, el voto libre de impuestos, la responsabilidad de los agentes del poder, la libertad individual y el juicio por medio del jurado son establecidos sin discusión y de hecho. (Tocqueville, 1957, p. 37)

Tocqueville agrega que es en Nueva Inglaterra donde nace y se desarrolla la independencia comunal impulsada por aquellos primeros colonos, lo que «constituye aún en nuestros días el principio y la vida de la libertad americana» (1957, p. 38). En efecto, el carácter excepcional que muchos autores atribuyen a los Estados Unidos empieza por un hecho revolucionario: «el hecho de ser “la primera nueva nación”, la primera colonia, aparte de Islandia, en ser independiente» (Lipset, 1996, p. 18). Eso marcó «la *raison d'être* ideológica» (1997, p. 18) de la nación, un espíritu que también impregna el *American creed*, un sistema de valores propiamente estadounidense definido por cinco nociones: libertad, igualitarismo, individualismo, populismo y *laissez-faire* (Lipset, 1996, p. 19). Este conjunto de valores, explica Lipset, está profundamente enraizado en la historia de los primeros pobladores:

La revolución estadounidense debilitó considerablemente los valores arraigados a la jerarquía de la *noblesse oblige* y de la comunidad orgánica que han estado asociados al sentimiento *Tory*, así como fortaleció enormemente los valores individualistas, igualitarios y antiestatistas, presentes en los colonos y en la formación religiosa de las colonias. (Lipset, 1996, p. 31)

El historiador Philip Hosay (2016) sostiene que, desde los primeros asentamientos permanentes en el norte, existió la convicción de que la autonomía de las comunidades era una llave para la libertad. La revolución, como elemento fundacional, se organizó alrededor de un conjunto de dogmas, esto es, una ideología liberal, en el sentido clásico, antiestatista, a diferencia del conservadurismo de los *Tories* y del modelo monárquico de otras culturas europeas formadas bajo el poder del Estado eclesiástico. Tempranamente, los Estados Unidos mostraron la particularidad de promover la igualdad entre los individuos, rechazando los símbolos de la aristocracia y de los rangos sociales. De esta manera, dice Leo Strauss: «Los Estados Unidos pueden ser considerados el único país en el mundo constituido en explícita oposición a los principios del maquiavelismo» (Lipset, 1996, p. 39), es decir, al poder del príncipe. Lipset explica que esta oposición a la idea de

un Estado fuerte se institucionalizó en la particular división de poderes que distingue al sistema político estadounidense de los regímenes parlamentarios:

La Constitución de los Estados Unidos, la más antigua del mundo, estableció una forma dividida de gobierno; la Presidencia, dos cámaras del Congreso y un Alto Tribunal Federal, y refleja una decisión deliberada de los fundadores del país de crear un sistema político débil e internamente conflictivo. (Lipset, 1996, p. 39)

Así, la fuente última de autoridad en el sistema estadounidense puede localizarse en el preámbulo de la Constitución, que empieza con la frase: «We, the People of the United States...» (Lipset, 1996, p. 43). Los padres fundadores de la nación —señala el sociólogo norteamericano— se opusieron de esta manera a establecer un gobierno unido y fuerte para, precisamente, prevenir y luchar contra los principios de un Estado monárquico centralizado. La desconfianza en un Estado fuerte que se refleja en las particularidades del sistema político —uno de los legados más importantes de estos padres fundadores— explicaría, junto con otros factores que hemos visto, las características de una sociedad norteamericana guiada por una moral religiosa y basada en la meritocracia, el individualismo, la igualdad de oportunidades y la libre empresa.

Muchos de estos aspectos llevan a definir lo que algunos autores llaman la *excepcionalidad* de los Estados Unidos, no en un sentido de superioridad, como explicábamos al principio, sino de *uniqueness*. Porque esta singularidad, en palabras de Lipset, no remite únicamente a los aspectos positivos. No solo se trata del país «más religioso, optimista, patriótico, orientado por el derecho e individualista», sino también del que tiene «los más altos índices de criminalidad, de encarcelación, de litigios» y uno de los más bajos porcentajes de participación de los votantes en períodos electorales (Lipset, 1996, p. 26). Los aspectos positivos y negativos serían entonces las dos caras de la misma moneda de esta *excepcionalidad*.

Veamos a continuación qué lugar ha ocupado en la campaña electoral actual el debate en torno a estos valores que conforman el *American creed* y cómo podemos analizar la presencia y las ideas de Donald Trump a la luz de estas nociones.

## **Del reality show a la arena política**

Todo comenzó el 16 de junio de 2015, cuando en su torre de la 5.<sup>a</sup> Avenida, en Manhattan, Donald J. Trump anunció oficialmente su candidatura a la Presidencia de los Estados Unidos. Ya en esa primera alocución disparó con munición gruesa contra la inmigración mexicana: «Cuando México envía a su gente, no envía a los mejores. No te envían a ti, ni te envían a ti. Envía gente que tiene muchos problemas y nos trae esos problemas a nosotros. Envía droga, trae crimen con ellos. Son violadores. Y algunos, supongo, son

buena gente» (Time, 16.6.2015). En un discurso en el que recurrió permanentemente a la primera persona del singular para remarcar sus éxitos como empresario, así como su rico patrimonio, Trump se presentó como el líder providencial de un país en decadencia económica que se proponía hacer renacer: «Voy a ser el más grande presidente de puestos de trabajo que Dios jamás haya creado. Se lo digo» (Time, 16.6.2015). De esta manera, apelando al mismo eslogan que Ronald Reagan había utilizado para su primera campaña de 1979-80 (*Let's Make America Great Again*), el magnate inmobiliario sentenció al cierre de su primer discurso: «Tristemente, el sueño americano está muerto. Pero si soy elegido presidente, lo voy a traer de nuevo, más grande y mejor y más fuerte que nunca, y vamos a hacer a los Estados Unidos grande nuevamente» (Time, 16.6.2015).

Antes del primer debate entre los 10 candidatos republicanos más populares, que tuvo lugar el 6 de agosto de 2015, Trump encabezaba los sondeos de la interna de ese partido. El día del debate, transmitido por Fox News desde el estadio Quicken Loans Arena de Cleveland (Ohio), el magnate volvió a patear el tablero de entrada. Cuando, a los pocos minutos de empezar, el presentador Bret Baier les preguntó a los nominados si se comprometían a apoyar al eventual nominado por el GOP (Grand Old Party) si no eran elegidos y a abstenerse de postularse de forma independiente para la Presidencia, el único que no aceptó ese mandato fue Donald Trump. En otro golpe de efecto que parecía guionado, Trump fue el único candidato en levantar la mano en señal de oposición y ser el foco de atención desde los primeros minutos. Como buen conocedor del mundo del boxeo, pegó primero. El candidato agregaba que le gustaría ganar como republicano, pero que no podía comprometerse a apoyar al eventual nominado. Así, reafirmaba su posición de outsider, pero además demostraba una voluntad extraordinaria de ser candidato. No le gustaba perder ni pensaba perder. Iba a ser candidato de cualquier manera. Por lo tanto, a los ojos de la audiencia, puede aventurarse que, más allá de los aspectos éticos, asumía una posición de *ganador*, algo fuertemente valorado en la cultura popular norteamericana.

Donald Trump conoce a la perfección los códigos de los medios masivos. Allí construyó su imagen. Desde el año 2004 fue protagonista del programa de televisión *The Apprentice*, un *reality game show* de la cadena NBC donde varios jóvenes compiten por un puesto bajo su supervisión. La idea de competencia y *self-made* que promueve el programa de televisión se hace elocuente desde la presentación, con imágenes de la ciudad de Nueva York (muchas de ellas aéreas), intercaladas con la llegada de estos jóvenes desde diferentes lugares del país. La presentación es hecha por el propio Trump, ubicado en diferentes puntos de la ciudad, desde donde explica la idea central del programa, pero sobre todo habla de él como modelo y ejemplo de éxito. Un detalle no menor: la cortina musical que abre el programa es el tema *For the Love of Money* (1973), del grupo The O'Jays. En un pasaje de la presentación, el magnate relata:

New York, mi ciudad. Donde los engranajes de la economía global no se detienen. Una metrópolis de cemento con una fuerza incomparable que impulsa el mun-

do de los negocios. Manhattan es un lugar difícil. Esta isla es la verdadera selva. Si no tienes cuidado te puede aplastar. Pero si trabajas duro, puedes triunfar. Y mucho. Soy Donald Trump, el principal constructor inmobiliario de Nueva York. Soy propietario de muchos edificios, agencias de modelos, el concurso de Miss Universo, aviones comerciales, campos de golf, casinos y centros turísticos privados como el Mar-a-Lago, uno de los complejos más espectaculares del mundo. Pero no siempre fue tan fácil. Hace unos 13 años tenía serios problemas. Tenía deudas de miles de millones de dólares, pero luché y gané, a lo grande. Usé mi cabeza, usé mi capacidad de negociación y lo resolví. Ahora mi empresa es más grande y más fuerte que nunca y me estoy divirtiendo más que nunca. Dominé el arte de la negociación y convertí el nombre Trump en una marca de alta calidad. Como maestro, quiero impartir mi conocimiento a otra persona. Estoy buscando al aprendiz. (The Apprentice, 22.12.2011)



Tienda en Chinatown (julio de 2016) | Foto: Germán Silveira

Como vemos, este pasaje resulta revelador de algunas características del *ethos* que Donald Trump haría emerger, más tarde, en la campaña electoral. Si definimos el *ethos* como «la imagen que el auditorio puede hacerse del locutor antes de que este tome la palabra» (Amossy, 2003, p. 79), que está basada, en gran parte, «en el rol que el orador cumple en el espacio social (sus funciones institucionales, su estatus y su poder), pero también en la representación colectiva o el estereotipo que circula sobre la persona» (2003, p. 80), podemos decir que la imagen que ha proyectado Donald Trump durante

la campaña electoral recurre a varias marcas (discursivas o no) precedentes, fácilmente reconocibles en su programa de televisión.

Volviendo al discurso del 16 de junio de 2015 en la Trump Tower, donde lanzó su postulación como candidato a la Presidencia, es posible en algunos pasajes identificar referencias directas a su programa de televisión, así como otras características que tienen que ver con el *ethos* que Donald Trump había elaborado previamente, «que precede a la toma de palabra y la condiciona parcialmente» (Amossy, 2003, p. 80). Esto se relaciona con la imagen de empresario exitoso, multimillonario, *self-made man*, así como con aspectos gestuales, corporales, muletillas, formas de expresarse fácilmente identificables en el *reality show* (por lo tanto, contruidos previamente) y que tendrían necesariamente un rol en el Donald Trump candidato. No fue inocente tampoco la elección del lugar donde realizar el lanzamiento. En la Trump Tower también tenía lugar el programa de televisión. En este sentido, un artículo de la revista *Time* sobre su discurso de postulación a la Presidencia describió claramente la imagen que Trump pretendía proyectar sobre su audiencia:

Un *showman* experimentado sabe cómo cebar a su audiencia, y Donald Trump es uno de los mejores. De pie en el *lobby* reluciente de un rascacielos que lleva su nombre, el nombre más grande de los negocios, retuvo a su corte durante casi una hora, con las cámaras y la multitud atentas a cada una sus palabras, antes de llegar a la gran revelación: «Ocho billones, setecientos treinta y siete millones, quinientos cuarenta mil» declaró Trump, haciendo una pausa en cada número para dar énfasis, dejando que la increíble suma de sus ganancias se esparciera sobre sus fans. Con Trump, todo es cuestión de dinero. Su anuncio el martes de que iba a correr para presidente de los Estados Unidos, después de casi tres décadas de fintas y falsas promesas, era mero preludeo a la empresa que realmente importaba [...] Trump siempre supo que la pompa de una campaña presidencial es una oportunidad de marketing casi perfecta. (Alter y Altman, 16.6.2015)

En efecto, para Trump todo es cuestión de dinero: «Estoy usando mi propio dinero. No estoy usando el de los lobistas. No estoy usando el de los donantes. No me importa; soy realmente rico», afirmó con poca modestia ante una tribuna que festejó esa demostración de poder. Si repasamos algunos pasajes de su discurso de postulación a la Presidencia, buena parte de la argumentación que Donald Trump elaboró para promover su candidatura se basa en su habilidad para hacer negocios: «Nuestro país está en serios problemas. No tenemos más victorias. Solíamos tener victorias, pero ya no las tenemos. ¿Cuándo fue la última vez que le ganamos, digamos, a China en un acuerdo comercial? Nos matan. Yo le gano a China todo el tiempo. Todo el tiempo» (Time, 16.6.2015). Como se advierte, el candidato hace uso de un lenguaje sencillo, poco elaborado, para explicar el mundo de los negocios en términos *deportivos*. Ganar o perder, esa es la ecuación en el mundo que propone Trump. Estados Unidos necesita un ganador como él, porque ya ha

tenido suficientes derrotas. El mismo tipo de analogía es utilizada por Trump para hablar indistintamente sobre ISIS, la clase política norteamericana, Japón o México:

¿Cuándo le ganamos a Japón en algo? Envían sus coches por millones, y ¿qué es lo que hacemos? ¿Cuándo fue la última vez que se vio un Chevrolet en Tokio? No existe, amigos. Nos ganan todo el tiempo. ¿Cuándo le ganamos a México en la frontera? Se están riendo de nosotros, de nuestra estupidez. Y ahora nos están ganando económicamente. Ellos no son nuestros amigos, créanme. Nos están matando económicamente. (Time, 16.06.2015)

Frente a este panorama económicamente desolador, Trump se presenta como el único líder capaz de cambiar la situación debido a su experiencia en los negocios, a su *ethos* previamente construido de *self-made man*, de hombre exitoso, en una cultura —esto es esencial— que promueve y celebra este tipo de *éxito*. En la descripción del programa de tv ya hemos visto que Trump se presentaba como alguien que dominaba «el arte de la negociación» y que había convertido su nombre (Trump) «en una marca de alta calidad». En un pasaje de su discurso de candidatura volvió sobre estas mismas ideas:

Ahora nuestro país necesita, nuestro país necesita verdaderamente un gran líder, y necesitamos verdaderamente un gran líder ahora. Necesitamos un líder que haya escrito *El arte de la negociación*. Necesitamos un líder que pueda traer de vuelta nuestros puestos de trabajo, pueda traer de vuelta nuestras fábricas, pueda traer de vuelta a nuestros militares, pueda cuidar de nuestros veteranos. Nuestros veteranos han sido abandonados. Y también necesitamos un motivador (*cheerleader*). Necesitamos a alguien que pueda tomar la marca de los Estados Unidos y hacerla grande nuevamente. Ya no es grande. (Time, 16.6.2015)

Frente a un electorado hipotéticamente desilusionado con el rumbo del país, Trump se propone encarnar el mito del *American dream*. Así, se presenta como el líder capaz de devolver la confianza a los Estados Unidos. Los políticos se transforman en otro de sus blancos predilectos, al ubicarlos en una dimensión antagónica a la suya, que sería la de la acción, y ridiculizarlos por su ineficacia e inoperancia. De este modo sostiene:

Porque los políticos son pura palabra y ninguna acción. Es imposible que hagan algo. No nos van a traer —créanme— la tierra prometida. No lo harán. Por ejemplo, he estado escuchando a mis colegas republicanos. Son gente maravillosa. Me gustan. Todos quieren mi apoyo. No saben cómo obtenerlo. Vienen a mi oficina. La semana que viene me reúno con tres de ellos. Y dudan: «¿Se va a postular? ¿No se va a postular? ¿Podemos tener su apoyo? ¿Qué hacemos? ¿Cómo lo hacemos?» [...] Miro los discursos de esta gente y dicen: «El sol va salir, la luna se pondrá»,

todas cosas maravillosas. Y la gente dice: «Pero ¿qué les pasa? Solo quiero un trabajo. Solo denme un trabajo. No necesito la retórica. Solo quiero un trabajo». (Time, 16.6.2015)

La idea de motivador (*cheerleader*) expuesta más arriba, que Trump reclama para ese líder que los Estados Unidos necesitan, trae implícita la idea de un pueblo al que hay que subirle la moral. Él sería el único con credenciales para hacerlo. En su alocución menciona que en su momento había creído en Obama, pero que este resultó ser una «fuerza negativa» y no ese motivador que esperaba de alguien joven y enérgico (*vibrant*). Esta noción de *motivador* tan arraigada en la cultura popular norteamericana, con la que el público más distante geográficamente está familiarizado sobre todo por su representación en el ámbito del cine (particularmente en películas con el deporte como eje argumental) y que Donald Trump recupera en su discurso, también nos remite directamente a la idea de entretenimiento. Esto último es algo que Trump conoce y explota muy bien. En este sentido, podemos sugerir que su candidatura representa la simbiosis definitiva entre la dimensión racional (política) y la dimensión espectacular (entretenimiento) del universo político anunciada por Habermas, y sus no siempre alentadoras consecuencias:

Lo que de ese modo comenzó a insinuarse en la prensa diaria ha progresado ya indeciblemente en los nuevos medios de comunicación: la integración de los ámbitos, antes separados, de periodismo y literatura, esto es, de información y raciocinio, por un lado, y de la novelística, por otro, conduce a una verdadera remoción de la realidad, a una mezcla de los distintos planos de la realidad. En el común denominador de los llamados *human interests* surge el *mixtum compositum* de un cómodo y acomodaticio material de entretenimiento que sustituye la adecuación a la realidad por la consumibilidad, e incita más al consumo personal de estímulos apaciguadores que guía e instruye en el uso público de la razón. (Habermas, 1986, p. 198)

## Inmigración, religión y raza

Los propósitos populistas cargados de xenofobia contra la inmigración mexicana no le alcanzaron a Donald Trump para sacudir la campaña. La aparición, en la Convención Demócrata, de la familia de un soldado norteamericano musulmán muerto en Irak le sirvió de excusa para expresar su repudio por los musulmanes. Sumando las dos comunidades (latina y musulmana) y el efecto que puede generar en las otras minorías, cabe preguntarse a esta altura si le queda algún votante. Pero la respuesta resulta aún más sorprendente teniendo en cuenta que la diferencia con Hillary Clinton parece ser mínima según los

sondeos del mes de agosto. Asimismo, Trump fue acusado de racismo por la candidata demócrata y al principio de la campaña tuvo que enfrentar acusaciones de misoginia debido a algunas expresiones públicas a través de su cuenta de Twitter y comentarios realizados en su programa de televisión.



Casa en Brooklyn con bandera de Trump (julio de 2016) | Foto: Jon Friedman

Con respecto a esto último, durante aquel primer debate entre los 10 candidatos republicanos realizado el 6 de agosto de 2015, la primera pregunta que la moderadora Megyn Kelly le hizo a Trump fue sobre sus comentarios misóginos. A los 15 minutos de haber empezado la ronda de preguntas y tomándolo un poco por sorpresa, Kelly le recordó algunas expresiones fuera de lugar que había compartido en Twitter contra la comediante Rosie O'Donnell, así como el comentario sexista que le había hecho a la modelo Brande Roderick en la versión de su programa donde participan algunas «celebridades» (*Celebrity Apprentice*):

Usted ha calificado de cerdos, perros y animales desagradables a las mujeres que no le gustan. Su cuenta de Twitter tiene varios comentarios despectivos sobre el aspecto de las mujeres. Una vez le dijo a un concursante de *Celebrity Apprentice* que sería una bonita imagen verla de rodillas. ¿Le parece que ese es el temperamento de un hombre al que deberíamos elegir como presidente? (Fox News, 6.8.2015)

Ante esa pregunta, Trump dijo: «Pienso que un gran problema que tiene este país es el de ser políticamente correcto». Esta frase despertó una ovación en las tribunas del

Quicken Loans Arena, lo que podría interpretarse como una señal. El candidato reafirmó su idea para luego devolverle a la periodista algunas palabras personales:

He sido desafiado por tanta gente que no tengo tiempo para la corrección política, y, para ser honesto con usted, este país tampoco tiene tiempo [...] Lo que digo es lo que digo y, honestamente, Megyn, si a usted no le gusta, lo siento. He sido muy amable con usted, aunque el trato que usted ha tenido conmigo no ha sido el mismo que el que yo he tenido con usted. (Fox News, 6.8.2015)

En esa línea de la incorrección política, después de haber repetido hasta el cansancio que pensaba construir un muro en la frontera con México (que de hecho ya existe en varios estados) y haber hecho de este anuncio su caballito de batalla durante la campaña electoral, además de calificar de *rapists* (violadores) a los mexicanos que llegan a los Estados Unidos, el presidente de México, Enrique Peña Nieto, le extendió una invitación oficial. En otro golpe de efecto muy criticado, Trump aceptó esa invitación y viajó a México el mismo día que tenía programado en Arizona un discurso centrado en sus propuestas sobre la inmigración. En síntesis, en una estadía de pocas horas, no se retractó de sus palabras y «tras un año de burlarse de México» (Corasaniti; Ahmed, 31.08.2016) —como titula el *New York Times*— fue a decirles en su casa que el muro se iba a construir. Esa misma noche, en Arizona, ante sus seguidores, volvió a reafirmar el gran peligro que representa para los Estados Unidos la inmigración ilegal. Dio cifras de crímenes y mencionó con nombre y apellido a algunas personas que perdieron la vida en manos de delincuentes ilegales, así como el costo que todo eso representaba para el país.

Los responsables de esta situación estaban claramente identificados en el discurso de Trump: «El problema fundamental con el sistema de inmigración de nuestro país es que sirve a los intereses de los donantes ricos, lobistas y políticos poderosos», así como a las «intocables elites de los medios». Las víctimas también estaban definidas: «Déjenme decirle a quiénes no les sirve: no les sirve a ustedes, al pueblo estadounidense». En otros pasajes del discurso, Trump continuaría construyendo la categoría *pueblo*, estratégicamente importante:

Si bien hay muchos inmigrantes ilegales en nuestro país que son buenas personas, esto no cambia el hecho de que la mayoría de los inmigrantes ilegales son los trabajadores menos cualificados, con menos educación, que compiten directamente contra los trabajadores estadounidenses más vulnerables [...] Solo hay un tema central en el debate sobre la inmigración y es este: el bienestar del pueblo estadounidense [...] Trataremos a todos los que viven o residen en nuestro país con dignidad. Vamos a ser equitativos, justos y compasivos con todos. Pero nuestra mayor compasión debe ser con los ciudadanos estadounidenses. (Bump, 31.8.2016)

Habíamos visto antes que unas de las nociones que componían el *American creed* era el populismo, en el sentido de que la sociedad norteamericana tendía a favorecer «la creencia de que el público, más que los políticos profesionales, es quien debe controlar, tanto como sea posible, los procesos de formación de políticas» (Lipset, 1996, p. 40). La desconfianza en la autoridad (estatal) era una característica que explicaba el arraigo de la libre empresa, el individualismo y promovía la meritocracia. Todo el poder asociado a una elite, a una aristocracia, no tenía lugar en esa cultura. Como decía Tocqueville, «el suelo norteamericano rechaza absolutamente la aristocracia territorial» (1957, p. 30). Esto permite comprender, en parte, el lugar que pretendr ocupar Donald Trump en este proceso político, llevando a un grado extremo algunos elementos, como, por ejemplo, el antielitismo que proclama, algo a lo que la clase política estadounidense no estaba acostumbrada y que lleva a Clinton a expresar que nunca antes alguien se había enfrentado a un candidato de esta naturaleza. En este sentido, como afirma Margaret Canovan, una contradicción del populismo, que se hace evidente en el caso de Trump, es que «no emerge desde la gente común sino que la moviliza y la manipula» (Canovan, 1981, p. 294), a partir de un llamamiento y una exaltación del pueblo, promoviendo y asumiendo una postura antielitista. Un componente adicional del discurso del candidato republicano es el carácter nacionalista que le imprime a ese llamamiento al pueblo.

Pero si el carácter patriótico de la sociedad estadounidense puede ser, en este sentido, un terreno fértil para el populismo, Donald Trump cometió un pecado imperdonable: insultar a la familia de un soldado estadounidense muerto en 2004 en la guerra de Irak. En la Convención Demócrata celebrada a fines de julio en Filadelfia —lugar donde se redactó la Constitución y se declaró la independencia de las colonias en 1776—, los padres del soldado estadounidense musulmán Humayun Khan fueron invitados a pronunciar un discurso. El padre, con su mujer al lado vistiendo una hiyab, celebró el patriotismo de su hijo y recordó que está enterrado en el cementerio militar de Arlington, junto a soldados «de todas las fes, géneros y etnias» (Bassets, 1.8.2016). Al final de su alocución, luego de sacar una copia de la Constitución de su bolsillo, se dirigió a Donald Trump pidiéndole que buscara los términos *libertad e igualdad ante la ley*, para terminar diciendo: «Usted no ha sacrificado nada por nadie. No podemos solucionar nuestros problemas construyendo muros y sembrando la división» (Bassets, 1.8.2016). Luego de esto, Trump señaló despectivamente que la madre de Humayun Khan, el joven soldado muerto, callaba porque al ser musulmana no se le permitía hablar, algo que no fue del todo aceptado ni siquiera desde las propias filas del Partido Republicano, al «romper múltiples normas de la política estadounidense» (Burns; Haberman; Parker, 31.7.2016), afirmación que al parecer, como veremos a continuación, es discutible.

A este respecto diremos que, en realidad, Donald Trump viene a representar lo que uno de los fundadores de los *American studies*, el historiador Richard Hofstadter (2008), llama «el estilo paranoico en la política estadounidense», un fenómeno que tendría una larga tradición en las formaciones de extrema derecha en el país. Este

estilo, señala el autor, reúne algunas características que tienen que ver con «el exagerado acaloramiento, la desconfianza y la fantasía conspirativa» (Hofstadter, 2008, p. 3) en personas que no tienen esa patología, pero que de todas formas hacen uso de «formas paranoicas de expresión» (Hofstadter, 2008, p. 4). Lo que lo convierte en algo particularmente significativo dentro de la cultura estadounidense sería su recurrente manifestación a lo largo de la historia del país.

Para ilustrar esta idea, Hofstadter repasa una serie de hechos históricos que tienen lugar en la vida pública estadounidense desde los momentos fundacionales, a fines del siglo XVIII, hasta mediados del siglo XX. De este modo, describe algunos acontecimientos que van desde el pánico generado por la supuesta conspiración internacional que representaba el movimiento libertino y anticristiano de los Illuminati a fines de 1790 en Nueva Inglaterra —aunque nunca se haya probado la existencia de algún miembro en el país—, pasando por el movimiento antimasonico de los años 1820 y 1830 o la inmediatamente posterior amenaza a los valores estadounidenses que simbolizaron los católicos, hasta la campaña anticomunista emprendida por el senador McCarthy en los años 1950. Hofstadter sostiene en estos términos su tesis sobre lo que sería una característica propia de la sociedad estadounidense, que se ha relacionado asiduamente con diferentes movimientos de descontento:

Uno de los hechos más sorprendentes en el estilo paranoico es, en este sentido, que representa un antiguo y recurrente modo de expresión en nuestra vida pública que con frecuencia se ha relacionado con movimientos de desconfianza y descontento, y cuyas ideas de fondo son siempre las mismas aun cuando son adoptadas por personas con propósitos diferentes. Nuestra experiencia sugiere además que, si bien aparece por ondas de diferente intensidad, parece algo casi imposible de erradicar. (Hofstadter, 2008, p. 6)

Siguiendo esta lógica, el actual discurso de campaña que sostiene Donald Trump contra el peligro que representan tanto los inmigrantes indocumentados mexicanos, por considerarlos «violadores y criminales», como los musulmanes, por su inmediata asociación con el terrorismo, entre otros asuntos, se inserta visiblemente en este estilo paranoico descrito por Hofstadter, en el que «siempre encontramos el mismo cuadro mental, la misma convicción de una conspiración contra un modo de vida, aunque esta vez con un villano diferente». (Hofstadter, 2008, p. 19).

Luego de esta serie de ataques del candidato republicano, Hillary Clinton lo acusó de promover la ideología política de la *alt-right* (*alternative right*), asociada al supremacismo blanco, y de construir una campaña basada en el prejuicio y la paranoia, algo que «no tiene precedentes» en el sistema político. La candidata demócrata fundamentó esta acusación luego de que a fines de agosto Trump contratara a Stephen Bannon, ejecutivo

de Breitbart (un sitio de noticias asociado a esa corriente) como jefe ejecutivo de campaña. Basándose en el acercamiento a estos grupos nacionalistas, Clinton tildó de racistas los propósitos de Trump en esta campaña electoral, con estas palabras:

Este no es conservadurismo como lo hemos conocido. Este no es republicanismo como lo hemos conocido. Estas son ideas racistas, son una incitación al odio racial, antimusulmán, antiinmigrante, antimujer. Todos los principios fundamentales que constituyen la emergente ideología racista conocida como la *alt-right*. (García, 25.8.2016)

La candidata demócrata instaló discursivamente las ideas y propuestas de Donald Trump en un lugar antagónico a los grandes valores e ideales que conformaron la cultura política norteamericana. Así, lo señala como un peligro porque sostiene que su mensaje «es algo que nunca antes habíamos escuchado de parte de un candidato a la Presidencia de los Estados Unidos, de ninguno de los dos partidos», para agregar enseguida que «su ignorancia de los valores que hicieron grande a nuestro país es profundamente peligrosa» (García, 25.08.2016), haciendo también referencia al eslogan del candidato (*Make America Great Again*).

Uno de los grandes detractores del actual candidato republicano es Ron Reagan, hijo del expresidente Ronald Reagan, que gobernó entre 1981 y 1989. Si en algún momento de la campaña se intentó trazar algún tipo de semejanza entre Trump y Ronald Reagan, su hijo Ron, analista político, se encargó de desterrar definitivamente cualquier tipo de intento que apuntara en esa dirección. Su posición coincide con la de Hillary Clinton, ya que considera a Trump alguien muy peligroso para la democracia. Al ser consultado por la cadena de televisión MSNBC sobre la virtual comparación que esbozó el actual candidato a vicepresidente, Mike Pence, entre Donald Trump y el expresidente Ron Reagan, no solo desestimó radicalmente esa analogía sino que expresó su preocupación y descontento por la nominación de Trump, en estos términos:

Trump no debería estar en esta carrera. Él es un absurdo. Es una farsa. Esa es la realidad. Yo sé que es difícil para los periodistas, para los periodistas de televisión e incluso para los periodistas de prensa hacer frente a esto. Estábamos acostumbrados a cubrir carreras presidenciales con candidatos a los que les concedíamos credibilidad a ambos lados, pero no es el caso esta vez. Este es un hombre que no sabe nada acerca del mundo y no puede ser presidente de los Estados Unidos. Este hombre es una emergencia nacional. Mi padre no era patológico. Mi padre sentiría vergüenza y humillación por lo que está pasando en su partido, así como por la nominación de alguien como Donald Trump para la Presidencia de los Estados Unidos. (MSNBC, 7.6.2016)

## Conclusiones

Durante la campaña previa a las elecciones del 8 de noviembre de 2016 en los Estados Unidos, Donald Trump se posicionó discursivamente como un candidato *antipolítico*. «Los políticos solo hablan. No hacen nada» por el estadounidense medio, repetía en sus actos. Desde un principio se mostró en rebeldía contra el *establishment*. Así lo hizo saber, como vimos en el artículo, ya en el primer debate por las primarias del Partido Republicano, donde no se comprometió a apoyar al candidato ganador en caso de que perdiera en esa instancia. Donald Trump es sin duda un candidato atípico, aunque su estilo, a juzgar por lo que sostiene Richard Hofstadter, no es una excepción en la historia política del país. Su popularidad debería quizás interpretarse como el signo de un descontento real en la opinión pública con respecto a la clase política, pero también, siguiendo a Lipset, como la expresión de algunos valores más profundos de la cultura popular estadounidense: el individualismo, el populismo, la libre empresa.

Es muy probable que no estemos ante una elección como las otras. El futuro presidente de los Estados Unidos se decide entre la primera mujer candidata en acceder a ese cargo en aquel país y un magnate inmobiliario sin experiencia en la política que llegó a esta instancia portando un discurso de corte populista. Por otra parte, cómo entender la conexión que logró entablar el candidato republicano con buena parte de la ciudadanía parece algo difícil de entender en una nación que, como señalan Putman y Campbell (2012), se está volviendo cada vez más diversa en términos de etnicidad. Inspirado quizás en la tesis de Samuel P. Huntington sobre la diferencia que representa la inmigración mexicana para los Estados Unidos con respecto a otros grupos y su particular dificultad «para asimilarse en la sociedad estadounidense» (Huntington, 2004, p. 222), Donald Trump encontró en el país vecino al enemigo que todo discurso de corte populista necesita para poner en evidencia la causa de los males que hay que combatir (en este caso, las drogas, la inmigración ilegal, la falta de trabajo para el nativo, la deslocalización de las fábricas) y contra los que las elites en el poder no hacen absolutamente nada.

Como decíamos al principio del trabajo, quizás nunca en muchas décadas en una campaña electoral los valores e ideales más profundos que conforman la cultura estadounidense hayan sido objeto de tensiones, contradicciones y reinterpretaciones antagónicas por los dos candidatos como ocurrió en esta instancia. Por un lado, Trump apela a defender la excepcionalidad del pueblo norteamericano frente a los cambios de carácter étnico, religioso y racial que está sufriendo su *identidad* (en singular). Por otro lado, Hillary Clinton evoca los ideales de los padres fundadores que defendieron la Revolución y redactaron la Constitución, como la única forma de preservar la libertad, el respeto y la tolerancia frente al peligro inminente que representan las ideas blandidas por el candidato republicano en la carrera por la Presidencia de los Estados Unidos. No se trata por tanto de una elección más. En definitiva, la historia también está en juego.

## Referencias bibliográficas

- AMOSSY, Ruth (2006). *L'argumentation dans le discours*. París: Armand Colin.
- BERKHOFER JR., Robert (1989). «A New Context for a New American studies?». *American Quarterly*, vol. 41, n.º 4), pp. 588-613.
- CANOVAN, Margaret (1981). *Populism*. Nueva York: HBJ.
- COWAN, Michael (2016). «American Studies: An Overview». En Simon J. Bronner (ed.). *Encyclopedia of American Studies*, Baltimore: Johns Hopkins University Press. Disponible en <http://eas-ref.press.jhu.edu/view?aid=524>.
- HABERMAS, Jürgen (1986). *Historia y crítica de la opinión pública*. México D. F.: Gustavo Gili.
- HOFSTADTER, Richard (2008). *The Paranoid Style in American Politics*. Nueva York: Vintage Books.
- HOSAY, Philip (junio de 2016). «The Reconciliation of American Diversity with National Unity». En «The Reconciliation of American Diversity with National Unity», conferencia pronunciada en Study of the U.S. Institute on U.S. Culture and Society, MIAS - New York University.
- HUNTINGTON, Samuel P. (2004). *Who are we? The Challenges to America's National Identity*. Nueva York: Simon & Schuster.
- LIPSET, Seymour M. (1996). *American Exceptionalism*. Nueva York: Norton.
- PELLS, Richard (10.6.2016). «The Decline of American Studies». *The Chronicle of Higher Education*, Section B, pp. 4-5.
- PUTNAM, Robert D., y David E. CAMPBELL (2012). *American Grace. How Religion Divides and Unites Us*. Nueva York: Simon & Schuster.
- SMITH, Henry Nash (1999). «Can American Studies Develop a Method?». En Lucy Maddox (ed.), *Locating American Studies: The Evolution of a Discipline* (pp. 1-16). Baltimore: The Johns Hopkins University Press.
- TOCQUEVILLE, Alexis de (1957). *La democracia en América*. México D. F.: Fondo de Cultura Económica.

### Fuentes

- ALTER, Charlotte, y Alex ALTMAN (16.6.2015). «Trump Launches Presidential Campaign With Empty Flair». *Time*. Disponible en <http://time.com/3922770/donald-trump-campaign-launch> [consultado: 12.8.2016].
- The Apprentice*. Intro Season 1 (22.12.2011). Disponible en <https://www.youtube.com/watch?v=qgiWk4zWnJo> [consultado: 12.8.2016].
- BASSETS, Marc (01.08.2016). «Donald Trump cruza otro límite al atacar a la familia de un caído en Irak». *El País*. Disponible en [http://internacional.elpais.com/internacional/2016/07/31/estados\\_unidos/1469938776\\_862500.html](http://internacional.elpais.com/internacional/2016/07/31/estados_unidos/1469938776_862500.html) [consultado: 16.8.2016].

- BUMP, Philip (31.8.2016). «Here's what Donald Trump said in his big immigration speech, annotated». *The Washington Post*. Disponible en <<https://www.washingtonpost.com/news/the-fix/wp/2016/08/31/heres-what-donald-trump-said-in-his-big-immigration-speech-annotated/>> [consultado: 1.9.2016].
- BURNS, Alexander (29.7.2016). «Clinton's Portrayal of Trump as Dictator Aims at the Left and the Right». *The New York Times*. Disponible en <<http://www.nytimes.com/2016/07/30/us/politics/democrats-donald-trump.html>> [consultado: 20.8.2016].
- BURNS, Alexander, Maggie HABERMAN y Ashley PARKER (31.7.2016). «Donald Trump's Confrontation With Muslim Soldier's Parents Emerges as Unexpected Flash Point». *The New York Times*. Disponible en <[http://www.nytimes.com/2016/08/01/us/politics/khizr-khan-ghazala-donald-trump-muslim-soldier.html?hp&action=click&pgtype=Homepage&clickSource=story-heading&module=first-column-region&region=top-news&WT.nav=top-news&\\_r=1](http://www.nytimes.com/2016/08/01/us/politics/khizr-khan-ghazala-donald-trump-muslim-soldier.html?hp&action=click&pgtype=Homepage&clickSource=story-heading&module=first-column-region&region=top-news&WT.nav=top-news&_r=1)> [consultado: 1.9.2016].
- CORASANITI, Nick, y Azam AHMED (31.8.2016). «Tras un año de burlarse de México, Donald Trump visita hoy el país». *The New York Times*. Disponible en <<http://www.nytimes.com/es/2016/08/31/tras-un-ano-de-burlarse-de-mexico-donald-trump-visita-hoy-el-pais/>> [consultado: 1.9.2016].
- FOX NEWS (6.8.2015). «First Republican Primary Debate». Disponible en <<https://www.youtube.com/watch?v=2rU4W3yfd58>> [Consultado: 10.8.2016].
- (20.5.2015). «Megyn Kelly interviews Donald Trump Prior to Presidential Republican Debate and Announcing Run». Disponible en <<https://www.youtube.com/watch?v=aknaLqmh0jM>> [consultado: 2.8.2016].
- GARCÍA, Feliks (25.8.2016). «Hillary Clinton eviscerates “profoundly dangerous” Donald Trump racism in devastating speech». *The Independent*. Disponible en <<http://www.independent.co.uk/news/world/americas/us-elections/hillary-clinton-donald-trump-alt-right-speech-white-supremacists-us-election-2016-a7210216.html>> [consultado: 28.8.2016].
- MSNBC (07.06.2016). «Ronald Reagan's Son: Donald Trump Campaign is a Joke, Absurdity and Embarrassment to GOP...». Disponible en <<https://www.youtube.com/watch?v=E7gJkE7Kzdk>> [consultado: 7.8.2016].
- The New York Times* (28.7.2016). «Transcript: Hillary Clinton's Speech at the Democratic Convention». Disponible en <[http://www.nytimes.com/2016/07/29/us/politics/hillary-clinton-dnc-transcript.html?\\_r=0](http://www.nytimes.com/2016/07/29/us/politics/hillary-clinton-dnc-transcript.html?_r=0)> [consultado: 29.7.2016].
- PEW RESEARCH CENTER (7.7.2016). «2016 Campaign: Strong Interest, Widespread Dissatisfaction». Disponible en <<http://www.people-press.org/2016/07/07/2016-campaign-strong-interest-widespread-dissatisfaction/>> [consultado: 30.7.2016].
- (18.8.2016). «Voters' general election preferences». Disponible en <<http://www.people-press.org/2016/08/18/1-voters-general-election-preferences>> [consultado: 30.8.2016].
- Time* (16.6.2015). «Here's Donald Trump's Presidential Announcement Speech». Disponible en <<http://time.com/3923128/donald-trump-announcement-speech/>> [consultado: 12.8.2016].

*The Washington Post* (22.6.2016). «Donald Trump is a unique threat to American Democracy». Disponible en <[https://www.washingtonpost.com/opinions/donald-trump-is-a-unique-threat-to-american-democracy/2016/07/22/a6d823cc-4f4f-11e6-aa14-e0c1087f7583\\_story.html?utm\\_term=.1c8458d14c96](https://www.washingtonpost.com/opinions/donald-trump-is-a-unique-threat-to-american-democracy/2016/07/22/a6d823cc-4f4f-11e6-aa14-e0c1087f7583_story.html?utm_term=.1c8458d14c96)> [consultado: 10.8.2016].